

públicas, que aleadas con imperfecciones sin cuento y á veces vicios, pervierten el juicio del mundo y le obligan á pronunciar severos fallos.

Cierto que el mundo es no poco inconsiderado en sus juicios, pero estas inconsideraciones nada tendrían que ver con esta virtud, si no existieran pseudo-devotos. Expliquémonos.

Al servirnos de la expresión pseudo-devotos, no aludimos é esos miserables, que se disfrazan por vía de negocio con un hábito religioso para engañar así mejor á razones cristianos y proporcionarse vulgares satisfacciones; entes de dos caras, inmortalizados por un ilustre autor cómico con el nombre de *Tartuffos* (1). No osará inculparnos la existencia de ellos el mundo, en cuyo seno hierva la raza inmortal de pasteleros y paniagudos. El número de los *tartuffos* religiosos jamás igualará al de *tartuffos* políticos, hombres despreciables y sin pudor, á quienes se ve saludar la aparición en el poder de toda clase de astros políticos, y vestir la librea imperante, y cantar con voz infiel himnos en loor de todos los gobiernos y situaciones.

## ARTÍCULO II

### LA VERDADERA Y FALSA DEVOCIÓN EN SU ACTO PRINCIPAL

La devoción, tal como la define Santo Tomás, puede considerarse en su acto principal y en sus actos secundarios.

Estudiemos ante todo su acto principal y hagamos en él resaltar el primer carácter distintivo entre la verdadera y pseudo-devoción.

*Voluntas quaedam prompte tradendi se ad ea quae pertinent ad Dei famulatum.*—La devoción es una disposición particular

(1) Hipócrita.

de la voluntad mediante la cual se entrega el hombre con prontitud á cuanto cede en servicio de Dios.

El servicio de Dios. He ahí sin duda alguna la frase más importante en la definición. De élla deduciremos que el alma devota en su acto primero y principal, debe buscar á Dios, precipitarse hacia Él, considerarle como bien único. Las obras religiosas que emprende, los auxilios que recibe, no son más que medios robustecedores del movimiento de tendencia á Dios, á quien está consagrada. Súplicas, oraciones, lecturas buenas, comunicación con almas santas, frecuencia de sacramentos son otras tantas vías sacras que la conducen al logro de sus deseos; místicas rosas que entreteje con filial mano para ofrecerlas á su Padre celestial; joyas con que se arrea y engalana para honrarle y cautivarle. Cuando se acusa, lo hace prosternándose ante la majestad santísima de Dios; cuando le visita, es toda para Él; cuando le recibe, prepara con cuidado su morada, se aprovecha de cuantas larguezas la dispensa y procura fijarle, prenderle en su corazón. Conocedora de los augustos celos del dueño en cuyo servicio entiende, se aísla, para no excitarlos, de todo profano comercio; evita con gran tacto mezclar su vida con la vida mundana; y, aun obligada por su condición ó estado, en medio de la baraúnda de los negocios, de las fiestas, de los placeres, retira de ellos su corazón y no le faltan recursos para gustar, á escondidas del mundo, misteriosos sinsabores. Empresa ardua y difícil, y más meritoria por lo mismo que impone continuas represiones y exige constante renoyación de unos mismos sacrificios.

Entonces se comprenden ciertos audaces arranques que, cortando de repente todas las ligaduras terrenas, no dejan en torno del espíritu más que la soledad, el silencio, el recogimiento que ansía. Fácil es de esta suerte darse á Dios, dilatar el corazón y fundirlo con quien nos ha librado de enojosas servidumbres.

Pero vivir en medio del mundo sin hacerse cómplice de

sus debilidades é iniquidades; verse condenado á sufrirlo, aborreciéndole; no cumplimentarle más que aleccionándole; exponerse por una austera reserva á sus críticas y maledicencias funestas; no adherirse más que á Dios en presencia de las insinuantes sollicitaciones del interés y el placer, ¿hay situación más crítica? No pueden, sin embargo, todos abandonar el siglo para consagrarse á Dios, ni vivir en medio del mundo, como si en él no viviesen. Hay géneros de vida ligados por ineludibles deberes que, á pesar nuestro, nos imponen el trato con la sociedad. Contra esas imposiciones, el alma devota, conciudadana aparente del mundo, vive en realidad fuera de él, enderezando sus pensamientos, sus aspiraciones, sus deseos, sus intenciones hacia las regiones puras y serenas donde mora Dios. Con los israelitas cautivos á orillas del río de Babilonia, exclama: «¿Cómo cantaré en tierra extranjera? (1), con el profeta: «¿Qué hay para mí en el cielo y qué he querido fuera de vos sobre la tierra?» (2); con el apóstol: «por amor de Dios lo he perdido todo y téngolo por estiércol para ganar á Cristo» (3); con el alma fiel de la *Imitación*: «¿Dónde podré yo, Señor, hallarme bien sin Vos, y cuándo estaré mal en presencia vuestra?» (4). Busquen otros lejos de Vos cuanto les plazca; á mí nada me agrada ni me agrada más que Vos, Dios mío, mi esperanza, mi eterna dicha?» (5); con Rafael ó Tobías: «Aunque parezco vivir como vosotros, uso alimento y bebida invisibles á los ojos de los mortales» (6); y por último con Ester en medio de los esplendores y saraos de la corte de Asuero: «Vos sabéis, Señor, mis necesidades; aborrezco el orgulloso signo de soberbia y gloria que ostento en mi cabeza... los días

(1) Quomodo cantabimus in terra aliena? - Ps. 136.—(2) Quid mihi est in caelo et a te quid volui super terram.—Ps. 72.—(3) Omnia arbitratus sum ut stercora ut Christum lucrificiam.—Epist. ad Filip., cap. III, 8.—(4) *Imitación*.—Lib. III, cap. 59.—(5) *Imitación*.—Lib. III, cap. 16.—(6) Videbar quidem Vobiscum manducare et bibere: ego cibo invisibili et potu qui ab hominibus videri non potest, utor.—Tobías, cap. XII, v. 19.

de corte... y que nunca se ha regocijado vuestra sierva sino en Vos sólo, Dios mío» (1).

En una palabra, buscar única y directamente á Dios constituye el carácter de la devoción en su acto principal. Con ayuda de este carácter reconoceremos enseguida la tal devoción.

Multitud de almas, en momentos dados, se determinan repentinamente á servir á Dios. ¿Por capricho ó por gracia? Ambas cosas ocurren, pero demos caritativamente que se deba á la acción eficaz de la gracia. En los comienzos manifiestan mucha resolución. Su primer movimiento es una tempestad. Se ve uno obligado á refrenar su juvenil ardor.

A primera vista engañan, pasan algunas semanas, un mes, á lo sumo, basta para descubrir las imperfecciones que se escondían bajo ese ímpetu sagrado. Seguramente que se quiere servir á Dios, pero la voluntad no tiende hacia Él con esa firmeza de dirección que no sufre detenciones en los medios. Los ejercicios espirituales encierran un atractivo que, apoderándose del corazón, le divierte del fin. Las súplicas, las oraciones, las lecturas sabrosas hacen correr tan dulces lágrimas que excitan una gula de buen tono, la cual se procura satisfacer con ahinco. Los sacramentos, sobre todo, dan á la vida cierto relieve en extremo halagador del amor propio. Verdad que no se desestima la gracia, pero se tiene en más el signo sensible. En las confesiones, más se atiende á las dulzuras de la expansión que al beneficio de la enmienda, fruto de un dolor sincero y firmes propósitos; y se acaba por decir «mis comuniones» como una mujer de mundo llama á sus recepciones «mis lunes ó mis martes».

Pero donde aparece más de bulto la oblicuidad de la pseudo-devoción es en la conducta que observa con el di-

(2) Tu scis necessitatem meam, quod abomino signum superbiae et gloriae meae quod est super caput meum in diebus ostentationis meae... et numquam laetata sit ancilla tua... nisi in te, Domine Deus... Ester, cap. XIV v. 16 y 19

rector espiritual. El mundo, poco inteligente de ordinario, se muestra vil en ocasiones al ocuparse de la dirección espiritual. Ni por sus apreciaciones ni por sus calumnias hemos de formar nuestro juicio. La dirección es indispensable á toda alma que no se siente con luces y energías suficientes para alcanzar su fin; ha menester luz y apoyo. Los mismos filósofos antiguos, Platón y Séneca entre otros, han recomendado la santa intimidad de dos corazones amigos, de los cuales el más fuerte arrastra al más débil por los ásperos caminos de la virtud. No tiene en consecuencia, nada de extraño que un alma, ganosa de servir á Dios sinceramente, solicite el sostén de un buen director. Con todo, la misma santidad de la empresa exige que no se la deprave: escollo contra el que frecuentemente se estrella la falsa devoción.

Parando mientes en cualidades meramente humanas se desvía de su objeto principal. ¡El director es tan bueno, tan cariñoso, tan santo, anima con tanta dulzura, consuela con tanta unción, guía con tanto interés! Mortal querido del cielo, monopoliza todos los dones, y reúne tantas gracias en su persona que parece una encarnación de perfección y amabilidad. Además; ¡qué desfallecimientos cuando no nos sostiene su mano! ¡qué tristeza si se aleja! ¡qué desesperación si desaparece! ¿Dónde está ya Dios á quien se quería servir? La pseudo-devoción parece haberle perdido de vista, al sentirse preocupada de ese modo y darse tanto á los medios, tan poco al fin. Aseméjase á irreflexivo niño á quien preocupan más los lindos ramilletes que ofrece y los cumplimientos que recita, que sus mismos papás á quienes está felicitando; á criado vanidoso, más pagado de historiada librea, que de su dueño; á voluptuoso viajero, más atento á los encantos del paisaje ó de una conversión amena que á los móviles y objetivo del viaje emprendido. En una palabra: el carácter de la falsa devoción es no buscar á Dios directamente en su acto principal, *ni excluir* actos incompatibles con el verdadero amor de Dios.

### ARTÍCULO III

#### LA VERDADERA DEVOCIÓN ES HUMILDE, LA FALSA ORGULLOSA

Hemos estudiado el acto principal de la devoción; estudio que nos ha permitido deducir el primer carácter distintivo de la misma. La devoción verdadera busca á Dios directa y únicamente; la falsa se busca á sí propia. Detiénesse en los medios con perjuicio de su tendencia á Dios. Esfuérsase por artificios increíbles en conciliar el servicio del mundo con el de Dios, ejecutando actos de suyo incompatibles. No le conviene por consecuencia lógica la definición dada por nosotros: La devoción es cierta disposición de la voluntad mediante la cual el hombre se entrega con prontitud á cuanto concierne al servicio divino.

Si del acto principal descendemos á los actos de la vida devota, considerándola en el espíritu, en el corazón, en la voluntad, en la conducta externa de los servidores de Dios, adquiriremos noticia de ulteriores distinciones entre la verdadera y falsa devoción; diferencias que nos servirán para mejor descubrir y disipar ó desvanecer falaces ilusiones é imperfecciones, que anublan ú oscurecen el brillo de nuestra vida espiritual. Comencemos por un hábito esencial y radical: la humildad.

«La humildad según Santo Tomás, es una virtud que atempera y refrena los deseos del alma para que no apetezca inmoderadamente cosas elevadas» (1). O bien: «una virtud por la cual se reprime el hombre y no se deja llevar del apetito de cosas que sobre él están (2).» De lo cual sí-

(1) Virtus... quae temperat et refrenat animum ne immoderate tendat in excelsa. (*Summ. Theol.* 2a. 2ae. quaest. 161, art. 1.º) — (2) Virtus... qua aliquis reprimat seipsum ne feratur in ea quae sunt supra se. (*Summ. Theol.* 2a. 2ae. quaest. 161, art. 2º)

guese que la humildad no es una negación, una abdicación necia y arbitraria del bien superior á nosotros, una especie de idiosincrasia por las bajezas, un paso hacia el embrutecimiento, como piensan ridículamente personas desconocedoras en absoluto de la vida espiritual, ¡no! La humildad coloca al hombre en su verdadero puesto, le hace discernir equitativamente los bienes propios y ajenos, le enseña á atribuirlos á sus respectivos poseedores y ésto cabalmente funda otro carácter de la verdadera devoción.

Es humilde, esto es, que por consagrarse al divino servicio, no quiere dejar de caminar por las sendas ordinarias. No anhela favores excepcionales, ni dones eminentes, ni las misteriosas caricias que á veces dispensa el esposo de las almas á quien le place en ciertos días de mayor intimidad.

Comprende que no es éste el orden establecido en la vida espiritual; y si siente nacer en sí una vaga aspiración hacia esos grandes dones, la ahoga al punto con la consideración de su fragilidad, su miseria, sus faltas, su indignidad. Siempre está preparada á decir: «Señor, no soy digno de que os ocupéis de mí, ni de que vengáis á hospedarnos bajo mi humilde techo; retiraos de mí, Señor, que soy un gran pecador: *Recede á me, Domine, quia homo peccator sum* (1)». La paz de la conciencia, la perseverancia en la constante voluntad de darse á Dios, bastan y sobran para su contentamiento. De continuo se repite estas palabras: «Mejor es para tí ser pobre que poseer eminentes dotes por los cuales pudieras ensoberbecerte: *Melius est tibi minus habere quam multum unde posses superbire*» (2).

La verdadera devoción es humilde, lo cual no implica que rechace la gracia, cuando la gracia se digne visitarla. Dios, como bondad por esencia, es de suyo difusivo de sí mismo. El alma devota le recibe con sumisa fruición, pero sin hacer en ello demasiado alto, y nunca olvidando al

(1) *Imitación.* —Lib. III, cap. 7.º — (2) *Imitación.* —Lib. III, cap. 7.º

dador de todos los bienes (1). »¿Qué tienes, se dice con San Pablo, que no hayas recibido? Y si lo has recibido ¿á qué gloriarte como si no lo hubieses recibido? El favor más insignificante, el menor consuelo, la más leve inspiración buena se convierte para ella en motivo de ferviente acción de gracias; y, merced á soberana reversión, devuelve á su autor el bien que se le ha concedido. «Yo os bendigo, Padre mío celestial, yo os bendigo, Padre de mi Señor Jesucristo, que os habéis dignado acordaros de mí, tan pobre y miserable como soy. ¡Oh Padre de misericordias y Dios de toda consolación! lo que me habéis consolado y regocijado en medio de mi indignidad!» (2). «Bendito seáis, Dios mío, que no fijándoos en mi poquedad, no cesan vuestra noble majestad y bondad infinita de hacer bien á hijos ingratos y alejados de Vos. No permitáis que vivamos más en nosotros mismos sino que volvamos á Vos, para que seamos reconocidos, humildes y devotos; pues Vos sois nuestra salud, nuestra virtud y nuestra fortaleza (3)».

La verdadera devoción es humilde: ignora las pueriles habilidades del amor propio, fecundas siempre en excusas, y confiesa sin resistencia todos sus defectos é imperfecciones. Sabe que cuanto más se abata más atrae hacia sí la majestad de Dios, que cuanto más rehúse carismas gloriosos, más los llama hacia sí. ¿Acaso todo esto no proclama las augustas deferencias de la divinidad por cuanto es pequeño, oscuro, vil y escondido? No en árboles gigantescos sino en humildes arbustos crece la reina de las flores. En ignoradas matas, holladas por el distraído pie de animales y hombres, bendice á la violeta é hinche de los más delicados perfumes su diminuto cáliz. En las entrañas de la tierra, en el seno de árida roca ó de infecundo polvo, en las profundidades del océano, entre las valvas de oscuro

(1) *Quid habes quod non accepisti? si autem accepisti cur gloriaris quasi non acceperis?* (Epist. 1.ª á los Cor. cap. IV, v. 7.) — (2) *Imitación.* —Lib. III, cap. 5.º. — (3) *Ibid.* — Lib. III, cap. 8.º

molusco ha depositado el oro, la plata, las esmeraldas, los rubíes, las perlas llamadas á brillar en coronadas testas. A humildes pastores reveló por vez primera la anonadada majestad de su Unigénito. Bajo los abatimientos, las humillaciones, los oprobios de su amado Hijo veló todas las glorias y esplendores. De la nada hizo brotar los bienaventurados espíritus que le adoran en el cielo, los incontables astros cuyos inalterables fulgores y armoniosas revoluciones cantan su grandeza, y cuanto vive y respira en la tierra, en las aguas y en el aire. «¡Oh Dios de mi vida, yo sé que me amáis, yo me abajo y me hago chiquito, porque á los humildes dáis vuestra gracia. Yo soy polvo y ceniza. Si me reputase en más, Vos estaríais frente á mí y mis pecados darían de mí nadería elocuente testimonio. Pero si me humillo, si me reduzco á la nada, si, despreciable á vuestros ojos, caigo sobre el polvo, que es mi heredad, vuestra luz se aproximará á mi corazón!... Si me abandonáis á mí mismo, yo soy todo nada y enfermedad; pero si me miráis, me siento fuerte y saturado de insólito deleite. ¡Oh prodigio! ser tan pronto ensalzado y abrasado con amor tan intenso, cuando, en virtud de mi ingénita pesantez, desciendo á los abismos del envilecimiento. (1)». Así hablan las almas verdaderamente devotas.

Su humildad le hace también poner en práctica este consejo de su amado: «Hija mía, lo más seguro y conducente es ocultar la gracia de la devoción, no engreirse, hablar de ella poco y no estacionarse en su simple posesión (2).» Con nadie comunica ni sus interioridades, ni los halagos que recibe. «Guarda con fidelidad el secreto del Rey de reyes (3).» Sus preces, ayunos, mortificaciones y frecuentes relaciones con Dios le parecían profanados comunicándolos á otro que su Director. Semejante á esas modestas florecitas cuyo perfume recrea el sentido antes

(1) Imitación.—Lib. III. cap. 8.º.—(2) Imitación.—Lib. III, cap. 7.º.—(3) Sacramentum regis abscondere bonum est. (Tob. cap. XII, v. 7.)

de saber dónde se ocultan, esparce en torno suyo el buen olor de sus virtudes.

Para terminar: la verdadera devoción es humilde porque aprecia y estima todo el bien que en los demás descubre y se complace en los favores que Dios tiene á bien difundir en las almas. No es exclusivista. Esquiva comparaciones odiosas; se edifica con los buenos ejemplos que halla al paso; estimúlase, en la vista de ellos, á imitación piadosa y crece á la sombra de todas las virtudes hasta que place á Dios elevarla en honor y gloria, confiéndola gracias que siempre ha admirado con cautivadora sencillez y sincero desprendimiento. Esta humildad en sus relaciones con Dios derechamente da lugar á la humildad general para con los prójimos. En vano se pretenderá herirla en lo más mínimo ni con reprensiones, ni con injurias, ni con reproches; constantemente bajo los pies de Dios, se considera siempre á los pies del mundo entero.

Hemos dado con la palabra característica de la pseudo-devoción, opuesta diametralmente á la que acabamos de describir. Es orgullosa. No con ese orgullo fatal que constituye el mayor de los crímenes contra Dios y nos sitúa en completa oposición con El; sino con ese orgullo atenuado, que subsiste en medio de prácticas piadosas, y hasta encuentra en ellas ¡ay! su principal alimento. Aun dándonos á Dios, llevamos con nosotros el germen de todas las pasiones, las cuales se manifiestan según el género de vida y el medio en que vivimos y obramos. Pues bien: el orgullo de la falsa devoción se acusa en deseos inmoderados, en exagerados afanes por gracias extraordinarias. Apenas ha puesto el pie en el camino de la perfección, cuando querría estar ya en la cumbre y recibir de lleno esos torrentes de luz y fecundos ardores, que Dios reserva para los que llevan muchos años de camino, y se han mortificado, no desfalleciendo en sendas ásperas y difíciles. Acabada de salir de las miserias del pecado, las da al

olvido de seguida con pasmosa frivolidad, y se admira de que no se la prodiguen las gracias que pide con avidéz desordenada. Decidle—esperad—; no quiere esperar. Le solicita, tiene prurito de asir con sus brazos á Dios para que sea todo de ella; y nada la pinta mejor que compararla á esos sirvientes officiosos que, honrados con una sonrisa de sus amos, se toman la libertad de colmarlos de indiscretas caricias.

Y si por acaso recibe algún don, alguna consolación interna, algo que se parezca á un favor de Dios, su gozo se desborda; muéstrase triunfante, no dice *Domine non sum dignus*, sino que de su corazón satisfecho escápase un grito que pudiera traducirse: ¡Ah, por fin!..., como que lo esperaba. Vedle radiante de dicha y tan contenta, que con el don llega casi á olvidar al dador, y en vez de rendirle gracias; espera nuevas larguezas, como si todo fuera debido por el mero hecho de desearlo. No ignora por completo que Dios otorga sus gracias á los humildes. Repetidas veces la oiréis protestar de su dignidad, se achicará cuanto queráis, pero de palabra; ¡cuesta esto tan poco! Su turbulento apetito no dejará, sin embargo, de sentir comezón constante por grandores espirituales. Si se humilla y se moteja de miserable es con la esperanza de ver halagado su amor propio por una afectuosa contradicción. Creedla bajo su palabra y la heriréis hasta el punto de que se enfurezca. Le faltarán vocablos para encarecer vuestra inepticia y tontería; y siempre la hallaréis dispuesta á sincerarse de toda imputación denigrante. Si le llamáis la atención sabre tal ó cual susceptibilidad, á sus ojos no pasará de sensibilidad delicada y exquisita; su obstinación es energía de carácter, sus insolencias franqueza, su molición dulzura, sus desordenados afectos ternura de corazón, etc., etc. Todos sus defectos están vestidos y adornados con tanta gracia por su amor propio que parecen otras tantas virtudes. Lo peor es que la falsa devoción se olvida del consejo de la Sabiduría: «*Sacramentum re-*

*gis abscondere bonum est*. Bueno es ocultar el misterio del Rey de reyes», y se permite vanidosas é indiscretas confidencias. ¡Aberración que desgraciadamente no escasea y es lo último del orgullo espiritual! confiar al público los secretos de lo más íntimo de la vida religiosa. Sin duda no toca la trompeta á estilo farisaico, ni declama en medio de la calle una apología de sus virtudes, pero aun con más selección en los medios, el resultado es idéntico; lo que se busca es la divulgación, la notoriedad de cuanto es y cuanto ha hecho. Al efecto, prodiga confidencias y poquito á poco llega á decir á todo el mundo, eso sí, en secreto y muy callandito: «Escuchad; tal día, á tal hora, ante el Santísimo sentí como un fuego misterioso que abrasa mi corazón; oí como una voz que me hablaba; durante mi oración he creído ver á mi lado á nuestro Señor en persona. ¡Cuán dulces lágrimas he derramado! En verdad, Dios confunde mi bajeza con tantos dones. No digáis á nadie una palabra de todo esto.—O bien: «He tenido la dicha de poder tener oración muchas horas seguidas, Mi confesor tiene la bondad de escucharme mucho tiempo, mucho; y aun no puedo contarle cuanto en mí ocurre. Me ha dado licencia para hacer penitencias extraordinarias. ¡Lo creeréis? llevo un cilicio, me mortifico en grande; pero da la gracia de Dios tantas fuerzas! Comulgo con frecuencia y siempre con nuevo encanto. Rezo el oficio parvo, el de San José, el del Santísimo; en fin, que no puedo dar abasto á cuanto tengo; pero, ¡chitón! no digáis una palabra á nadie de todo esto.» Y la falsa devoción ha llevado á cabo en poco tiempo una peregrinación de revelaciones que ha tenido el buen cuidado de colocar en parajes accesibles, de suerte que en pocas semanas ha logrado poner á la puerta de su vida un cartel en que lee todo el mundo: «Á los favores celestiales! á los consuelos espirituales! á la verdadera penitencia! á la frecuente comunión!» Comedia altamente ridícula, si no fuera profundamente triste, y no intervinieran en ella como actrices casi

todas las almas piadosas con menoscabo manifiesto de su virtud!

¿Véis lo fácil que es la falsa devoción para arrojarse de gusto, complaciéndose tanto en sí misma?

Que se trate del prójimo; cambio absoluto de decoración. Celosa del interés que despiertan otros, le afligen las gracias que Dios les concede y bajo melosas felicitaciones sabe esconder rastreras envidias. ¿Por qué? «¿Por qué?» se atreve á decir no sólo privada y públicamente, sino hasta al mismo Dios: desciende después á comparaciones, que, la sublevan, sino la favorecen, y en vez de excitarse y animarse con los ejemplos del bien que no ejecuta, ve en tales prácticas insultos y deficiencias que la sacan de quicio y la arrastran á denigraciones sistemáticas. Como hemos de insistir sobre esta materia, apresuremónos á dar ligeramente un retoque general al conjunto del boceto.

Orgullosa en sus relaciones con Dios, orgullosa en sus relaciones con el prójimo, pagada de exterioridades que con intemperancia multiplica, ó de sus elevados deseos, créese dotada del don de impecabilidad. La descomponen las más cariñosas amonestaciones, los reproches la sacan de quicio, las injurias la dilaceran su corazón. Su nimia susceptibilidad, sus acres y violentas respuestas, sus rencores son públicos; lo cual no empece pare que esté siempre dispuesta á servir á Dios y á practicar la devoción, perpetuando así un escándalo que nos deshonra á la par que nos compromete.

¿Quién ignora que los favores de Dios son incompatibles con tan monstruosos defectos? ¿Y qué digo incompatibles? Amén de rehusar Dios sus favores á deseos presuntuosos, á complacencias vanas, á mentidas humillaciones, á ridículas jactancias, á los sombríos celos de los falsos devotos, ¿quién sabe si no les prepara en silencio algún golpe terrible? Y aunque no hiera, si retira de la falsa devota sus manos santísimas y la entrega y abandona á sus fuerzas personales, ¡oh! entonces gemirá en la si-

ma de la culpa, donde la habrá precipitado lamentable caída. Que Dios nos preserve de desdicha semejante, y que su saludable gracia nos mantenga siempre asidos á la humildad.

#### ARTÍCULO IV

##### LA VERDADERA DEVOCIÓN ES GENEROSA, LA FALSA EGOÍSTA

En el artículo precedente hemos sentado un principio que nos va á suministrar un nuevo carácter diferencial entre la verdadera y falsa devoción.

El soberano bien, hemos dicho, es difusivo de sí mismo, agrádale comunicarse.—*Summum bonum est sui diffusivum*. Ese bien soberano es Dios, cuya naturaleza infinita entraña todas las perfecciones concebibles sin limitación, sin fondo, sin orillas. Eterna y excelsamente perfecto, Dios se contempla á sí propio, y al contemplarse brota en Él soberano deleite, fuente inagotable de su felicidad. Sin causar á nadie injuria, pudiera á voluntad retener en su esencia los infinitos seres posibles que en mero estado ideal ha visto, y si los *realiza* no por eso crece en su ser, ni multiplica su vitalidad, ni añade lo más mínimo á su bienandanza. Con todo, Dios es creador. Le gusta difundir, distribuir y dispensan gratuitas comunicaciones. El bien que anida en su seno es inmenso. Este océano del ser de la vida, de perfección, ocúpase en transmitir incesantemente ser, vida y perfecciones por esos sinnúmeros canales cuya trama y cruzamiento originan y constituyen el mundo: al modo que nuestros océanos incesantemente alimentan las fuentes, los torrentes, los lagos y los ríos y hasta los arroyuelos que surcan la superficie del globo. Si el océano detuviese en sus insondables arcanos las ondas que en él se agitan y entremezclan en perpetuo movimiento, suspenderíase el curso de las linfas vivificadoras